
ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Norzámpton.— Habitación en el Palacio.

Entrán el REY JUAN, PANDOLFO, con la corona
y acompañamiento.

JUAN. Así, pues, la diadema de mi gloria
Depuse en vuestras manos.

PAND. Recibidla
Otra vez de mis manos, y aceptadla
Cual si del Papa la grandeza vuestra
Y soberana autoridad manase.

JUAN. Vuestra palabra cumpliréis ahora.
Buscad á los franceses, y el prestigio
Que os da Su Santidad haced que os sirva
Para obtener que cesen en su avance
Antes que el reino por completo arda.
Las provincias armadas se rebelan;
Obediencia mis súbditos rehusan,
Jurándole lealtad y amor sincero
A ajena sangre, á rey de tierra extraña;
Inundación de humores irritados
Que á vos tan sólo contener le toca.

Así, no os detengáis, porque doliente
 La época está, y es fuerza administrarle
 Al punto medicinas, ó de fijo
 Incurables trastornos se presentan.

PAND. Originó la tempestad mi aliento
 Por vuestra dura resistencia al Papa;
 Mas, supuesto que estáis ya convertido,
 Acallará mi voz á la tormenta,
 Y bonanza á este reino alborotado
 Concederá otra vez: en este día,
 Día de la Ascensión, no se os olvide,
 Pues que jurado habéis servir al Papa.
 Me separo de vos, y os aseguro
 Que depondrán las armas los franceses.

(Vase.)

JUAN. Pero ¿es hoy la Ascensión? ¿Ese profeta
 No dijo que daría la corona
 Antes de la Ascensión, al mediodía?
 Y así fué. Le entendí que por la fuerza;
 Pero, gracias á Dios, fué porque quise.

Entra el BASTARDO.

BAST. Rindióse todo Kent. Sólo el castillo
 De Dóver se sostiene. Como huésped
 Afectuoso, Londres agasaja
 Al Delfin y á su ejército. Los nobles,
 Sin oiros, se van, y sus servicios
 Al enemigo ofrecen. El espanto
 Va de acá para allá, llevando á rastra
 Al número escasisimo de amigos

Dudosos que ya os quedan.

JUAN.

¿No quisieron

Volver los nobles al saber que Arturo
Estaba vivo?

BAST.

Muerto lo encontraron

Y abandonado en medio del arroyo,
Caja vacía, de la cual la joya
Sustraño de la vida infame mano.

JUAN.

Me dijo el vil Huberto que vivía.

BAST.

Pues él estaba en eso, yo os lo juro.

Mas ¿por qué os abatís? ¿Por qué tan triste?
Sed, como en intenciones, grande en actos.

En los ojos de un rey no debe el mundo
Desconfianza contemplar ni miedo.

De los sucesos caminad al paso.

Fuego ante el fuego sed. Con amenazas

Al que amenaza contestad. Tranquilo,

De la fanfarronada intimidante

Los ojos humillad; de esa manera,

Subordinados, que á los grandes copian,

Grandeza alcanzarán con vuestro ejemplo,

Y animará á su espíritu el coraje.

¡Sus! Cual dios de la guerra refulgente

Cuando recorre el campo de batalla,

Confianza mostrad y atrevimiento.

¡Qué! ¿Permitir que en su caverna busquen

Y al león allí espanten? ¿Que allí tiemble?

No se diga jamás. Salid al campo.

Buscad la insurrección fuera de casa,

Y antes que cerca esté, luchad con ella.

JUAN.

El Legado del Papa habló conmigo

Y convinimos en propicias paces,

Y licenciar las tropas que conduce

El Delfin prometió.

BAST.

Pacto afrentoso.

¿Nosotros ofrecer desde esta tierra
Pacíficos arreglos, compromisos,
Insinuaciones, treguas miserables?
¿Parlamentos con tropas invasoras?
¿Va un imberbe rapaz afeminado,
Mimado y en el lujo adormecido,
Al campo á provocarnos? ¿Por ventura
Vigorizar su espíritu pretende
En esta tierra bélica? ¿Su enseña
Vanamente burlándose del aire
Flotará sin que nadie se le oponga?
¡A las armas, señor! Quizá no logre
El Cardenal restablecer las paces;
Y si lo logra, que se diga al menos
Que á la defensa pronto nos hallaron.

JUAN.

Tú manda en las presentes circunstancias.

BAST.

¡Adelante y valor! Si es necesario,
Luchar podemos con mayor contrario.

(Vanse.)

ESCENA II.

Cercanías de San Edmundsburia.—El campamento francés.

Entran armados LUIS, SALISBURIA, MELÚN,
PEMBROQUIA, BIGOT y SOLDADOS.

LUIS.

Señor Conde Melún, que esto se copie,
Y para remembranza se conserve,
Y el documento original devuelto

A estos señores sea; pues escrito
 Nuestro convenio, ellos y nosotros,
 Leyendo sus artículos, sepamos
 A qué nos liga el juramento nuestro
 Y mantengamos nuestra fe inviolable.

SALISB. Por nosotros jamás será violada.
 Pero, noble Delfin, aunque juramos
 Espontánea amistad, fe no pedida
 A vuestra causa, Príncipe, no obstante,
 Creedme, no celebro que requieran
 Las llagas de estos tiempos el emplasto
 De indigna sedición, ni que remedie
 Úlcera inveterada nueva herida.
 Me duele el alma manejar el hierro
 Para aumentar viudas, donde ¡ah! siempre
 De Salisburia se pidió en el nombre
 Todo rescate ó protección honrosa.
 Mas es tal de estos tiempos la dolencia,
 Que hay que medicinar porque recobre
 Salud nuestro derecho, con la mano
 De la adusta injusticia y del desastre.
 Y ¡lástima no es, amigos míos,
 Que nosotros, los hijos de esta isla,
 Para ver hora tal nacido hayamos,
 Y que al poner el pie sobre su seno,
 A la zaga marchando de enemigos,
 El número aumentamos de adversarios—
 Forzoso es que me retire y llore
 Al ver que tal impulso me espolea—
 A nobles respetar de tierra extraña
 Y estandartes seguir desconocidos?
 ¿Cómo? ¿Aquí? Si alejarte consiguieras,
 ¡Oh nación; si los brazos de Neptuno,

Que sujeta te tienen, te llevaran
Adonde te olvidarás de ti misma,
Y en paganas orillas te dejasen!
¡Oh si estos dos ejércitos cristianos,
En una arteria de cariño mutuo
Unir lograran su irritada sangre,
Y no verterla en fratricida lucha!

Luis. Lo que decís demuestra vuestro temple,
Pues los fuertes impulsos que luchando
Están en vuestro pecho, para el noble
Un terremoto son. ¡Oh, qué batalla
Tan digna habéis ganado! De una parte
Os llamaba el deber, de otra el respeto.
Dejad que enjague el límpido rocío
Que, cual plata, recorre vuestro rostro.
Mi corazón, de una mujer al llanto,
Inundación vulgar, se ha enternecido;
Mas tan viriles gotas, esta lluvia
Que promovió la tempestad del alma,
Espanto es de mis ojos, y me asombra
Más que si ardientes meteoros viera
Enmascarar la bóveda del cielo.
Alzad la frente, insigne Salisburia;
Dispersad animoso esa borrasca;
Dad el llanto á esos ojos infantiles
Que nunca al mundo gigantesco hallaron
Enfurecido, y en festines solo
La suerte han visto, ardiéndoles la sangre,
Y repletos de bromas y alegría.
Venid, venid; meted la mano vuestra
De la prosperidad en el bolsillo
Del mismo modo que Luis. Vosotros,
De igual manera, oh nobles, que ligadas

A mis fuerzas tenéis las fibras vuestras.
 Y ahora por mí quizás hablará un ángel,
 Pues á este sitio apresurado llega
 El santo Nuncio, que á traernos viene
 De la celeste mano garantías,
 Y á fijar con palabra sacrosanta
 El nombre del derecho en nuestros actos.

Entran PANDOLFO y acompañamiento.

PAND. Salve, noble Delfín. Deciros debo
 Que el rey Juan sometido se halla á Roma,
 Humillado el espíritu que quiso
 Ponerse enfrente de la santa Iglesia,
 De la inmensa metrópoli del mundo,
 De la Romana Sede. Por lo tanto,
 Esos provocadores estandartes
 Replegad, y el espíritu violento
 De la guerra feroz descanse ahora,
 Como león que fué criado á mano,
 De la paz á los pies humildemente:
 Tremebundo, no más que en la apariencia.

LUIS. Perdonadme, señor, pero no cejo.
 Harto noble soy yo para que nadie
 Me estime propiedad: para que sirva
 De subalterno yo: para que sea
 Servidor officioso, ni instrumento
 De ningún soberano de este mundo.
 Vuestro hálito fué quien los rescoldos
 Reanimó de la lucha que emprendimos
 Yo propio y este reino trabajado;
 Y alimento aportasteis al incendio,
 Tan grande ya, que sofocar no puede

El débil soplo que encenderlo pudo.
 A conocer la faz de mi derecho
 Vos me habéis dirigido, é indicado
 Que título á este reino poseía.
 Es más, á encariñarme me indujisteis
 Con esta empresa, y me venis ahora
 Con que Juan ya pactó con Roma paces.
 ¿Qué me importan á mí las paces esas?
 De mi lecho nupcial yo por la gracia,
 Arturo fallecido, como mía
 Esta tierra reclamo; y por ventura
 ¿He de cejar, ya medio conquistada,
 Porque ha pactado Juan paces con Roma?
 ¿De Roma esclavo soy? ¿Cuánto dinero
 Roma gastó? ¿Qué gentes ha aportado,
 Qué municiones para el acto este?
 ¿Y no soy yo quien todo lo costea?
 ¿Quién, sino yo, y á más mis auxiliares,
 En esta empresa sudan y contienden?
 ¿Y no escucho gritar á estos isleños
 «Vive le Roi» si llego á sus ciudades?
 ¿No tengo buenas cartas en la mano
 Que ganar me permiten fácilmente
 Juego en que se atraviesa una corona?
 ¿Y abandonar lo ya ganado debo?
 ¿No se dirá jamás, por vida mía!
 PAND. De esta cuestión lo externo veis tan sólo.
 LUIS. O lo externo ó lo interno; mas no amaino
 Hasta no conseguir toda la gloria
 Con que halagaron la esperanza mía,
 Antes de que este ejército formara
 Tan animoso, y que reunido hubiera
 Los más fieros espíritus del mundo

Para triunfar y conseguir renombre
Del peligro y la muerte entre las fauces.

(Suena un clarín.)

Mas ¿qué clarín con tal vigor nos llama?

Entra el BASTARDO y acompañamiento.

- BAST. Conforme á nobles usos de este mundo,
Audiencia concededme; á hablaros vengo.
Monseñor de Milán, el Rey me ordena
Averiguar lo que por él hicisteis;
Y, según respondáis, así me toca
Mis actos limitar y mis palabras.
- PAND. El Delfin, harto terco, se resiste
A contemporizar con mi dictamen,
Y contesta negándose del modo
Más terminante á deponer las armas.
- BAST. ¡Voto á la sangre que al coraje anima!
El mozo dice bien. Oid ahora
Al Soberano inglés, quien por mí os habla.
Preparado se encuentra, y con motivo.
Esta invasión ridícula de monos,
Guerrera mascarada, necia orgía,
Audacia imberbe, multitud de niños,
Provocan su sonrisa, y se apercibe
A arrojar desde luego á latigazos
Del ámbito total del territorio
A este ejército enano y sus pigmeos.
La mano misma que la fuerza tuvo
Para daros la soba en vuestra casa,
Que os obligó á escapar por el postigo,
Que os hizo zambullir como cubetas

En escondidos pozos, y en establos
 Bajo la paja inmunda guareceros,
 Permanecer cual prendas pignoradas
 En cofres y baúles bajo llave,
 Ya rozaros con cerdos, y en prisiones
 Y en sótanos buscar dulce refugio,
 Temblando, trepidando si cantaba
 El gallo vuestro nacional, creyendo
 Que era la voz de algún Inglés armado;
 La mano victoriosa que os impuso
 Castigo en vuestro hogar, ¿será aquí débil?
 No. Ya el Monarca intrépido se apresta:
 Cual águila caudal sobre su nido
 Se cierne preparado á abalanzarse
 Sobre quien venga á perturbar su cría.
 Y vosotros, ingratos insurrectos,
 Degenerados, bárbaros Neronos,
 Que de Inglaterra, vuestra dulce madre,
 Las entrañas partís, avergonzaos,
 Pues vuestras propias damas, las doncellas
 De delicada faz, cual amazonas
 Bailando van tras los tambores nuestros.
 Convierten en manoplas sus dedales,
 Sus agujas en lanzas, y en instintos
 Feroces y sangrientos se transforma
 De sus almas la ingénita dulzura.

LUIS.

Cesen esas bravatas, y tranquilo
 Retiraos de aquí. Más que nosotros
 Sabéis, sin duda, amontonar insultos.
 Id con Dios. Vocinglero semejante
 No ha de gastar nuestro precioso tiempo.

PAND.

Dejadme hablar á mí.

BAST.

No, permitidme.

- LUIS. Ni á uno ni á otro escucharé. Que batan
Los tambores. La lengua de la guerra
Por mi interés y estancia aquí que abogue.
- BAST. Vuestros tambores clamarán, batidos,
Como batidos clamaréis vosotros.
Que se despierte un eco tan siquiera
Con el ruido de un tambor, y otro
Preparado se halla que tan recio
Le sabrá responder. Si otro sonare,
Con igual fuerza otro la celeste
Bóveda aturdirá, la voz profunda
Del trueno escarneciendo, que á la mano
(Pues desconfía de este débil Nuncio,
Cuyos servicios aceptara en broma,
No porque de él necesidad tuviese)
Está el bélico Juan. Su frente ostenta
De la muerte la imagen, cuyo oficio
Es hoy pastar millares de franceses.
- LUIS. Batid, tambores, y á su encuentro vamos.
- BAST. En que los hallaréis, Delfín, fiamos.

ESCENA III.

Un campo de batalla.

(Clarines.)

Entran el REY JUAN y HUBERTO.

- JUAN. ¿Cómo va la jornada? Huberto, dime.
- HUB. Temo que mal. ¿Cómo os sentís, Alteza?
- JUAN. La fiebre que me invade há tanto tiempo,
Me postra. ¡Ay Dios, mi corazón cuál sufre!

Entra un MENSAJERO.

- MENS. Vuestro valiente deudo Falconbrigia,
Señor, desea que dejéis el campo,
Y adónde vais que yo le comunique.
- JUAN. Dí que de Swinstead voy á la abadía.
- MENS. Animaos, señor, que los refuerzos
Que esperaba el Delfín, en las arenas
De Goodwin naufragaron há tres noches.
Esta noticia recibió Ricardo
Hace poco. Pelean los franceses
Ahora con desaliento, y se retiran.
- JUAN. Esta tirana fiebre me consume.
¡Triste de mí! Ni festejar me deja
Nuevas tan gratas. Hacia Swinstead, pronto;
Llevadme á mi litera de seguida.
Desfallezco. Me falta ya la vida.

(Vanse.)

ESCENA IV.

Otro sitio del campo de batalla.

Entran SALISBURIA, PEMBROQUIA y BIGOT.

- SALISB. No le contaba al Rey tantos amigos.
- PEMB. ¡Á la carga otra vez! Á los franceses
Nuestro aliento infundamos. Si fracasan,
Nosotros á la vez fracasaremos.
- SALISB. Ese Luzbel bastardo Falconbrigia
Lleva á despecho nuestro el peso todo

De la lucha. El rey Juan, según se dice,
Enfermo de cuidado el campo deja.

Entra MELÚN herido, llevado por soldados.

MELÚN. Adonde están aquellos sediciosos
Ingleses conducidme.

SALISB. Nos nombraban
De otra manera en más felices tiempos.

PEMB. ¡El Conde de Melún!

SALISB. ¡De muerte herido!

MELÚN. Nobles ingleses, escapad, que os venden.
El hilo de violenta rebeldía
Desensartad. La bienvenida dando
A descartada fe, y, arrepentidos,
En busca del rey Juan id, y de hinojós
Ante sus pies caed. Si la victoria
Es del francés en este recio día,
Piensa recompensar vuestros afanes
Cortándoos la cabeza. Lo ha jurado,
Y yo con él, y muchos más conmigo,
Delante del altar de San Edmundo:
Delante del altar en que os juraron
Firme amistad, cariño sempiterno.

SALISB. ¿Pero acaso es verdad? ¿Será posible?

MELÚN. ¿No tengo yo ante mí la odiosa muerte?
Sólo un resto me queda ya de vida,
Que lenta se me va, cual se disuelven
Ante el calor imágenes de cera.
Nada á engaño me induce en este mundo,
Pues de nada el engaño ya me sirve.
¿Para qué, pues, ser falso, cuando es cierto
Que me voy á morir, y en adelante

Vivir con la verdad me corresponde?
Os lo repito. Si Luis hoy triunfa,
Falta á su juramento, si esos ojos
Tornan á ver en el oriente el alba.
En esta noche misma, cuyo negro
Hálito ponzoñoso ya sombrea
La vieja frente enardecida y débil
Del sol tras su camino fatigoso,
En esta noche vuestro aliento cesa,
Y de vuestra traición pagáis la multa
Con la multa, á traición, de vuestras vidas
Si triunfase Luis con vuestro auxilio.
A un tal Huberto, que las huellas sigue
De vuestro Rey, daréis memorias mías.
Su amistad, y también la circunstancia
De ser inglés mi abuelo, despertaron
A mi conciencia á confesarlo todo.
De esto en pago, de aquí sacadme os ruego,
Del trajín apartándome y rüido
Del campo de batalla, porque logre
Reconcentrar en paz mis pensamientos,
Y mi cuerpo y mi alma se separen
En la contemplación y anhelos píos.

SALISB. Os creemos, y pierda yo mi alma
Si no acepto cual buena y conveniente
La feliz ocasión que nos permite
Hoy desandar nuestra maldita fuga;
Y como río que decrece y cede,
Este orgulloso curso abandonando,
En el antiguo despreciado cauce,
Humildes ya, serenos y obedientes,
Corramos á buscar nuestro oceano:
Nuestro excelso rey Juan. El brazo mío

Para salir de aquí de apoyo os sirva,
 Que de la muerte la cruel tortura
 Claramente contemplo en vuestros ojos.
 Vámonos, pues, amigos. Fuga nueva
 A la anterior fidelidad nos lleva.

ESCENA V.

El campamento francés.

Entra LUIS y acompañamiento.

LUIS. El sol de trasponer se me figura
 Voluntad no tenía. Detenido,
 Al cielo de Occidente sonrojaba
 Cuando median su terreno propio,
 Débiles, reculando los ingleses.
 Bien acabó por nuestra parte el día
 Cuando les dimos, tras sangrienta lucha,
 Las buenas noches con descarga inútil,
 Envolviendo á la par nuestras enseñas
 Sin mancha, aunque en jirones, en el campo
 Los postreros y de él los dueños casi.

Entra un MENSAJERO.

MENS. ¿Dónde el Delfin, mi Príncipe, se halla?

LUIS. Aquí está. ¿Qué noticias?

MENS. Han matado
 Al Conde de Melún, que ha persuadido
 A desertar á los ingleses nobles;
 Y los refuerzos que esperáis ansioso

- Tan largo tiempo hace, naufragaron
Y en las arenas de Goodwin se hundieron.
- LUIS. ¡Infames, perversísimas noticias!
¡Cargue contigo el diablo! No pensaba
Que esta noche pudiera estar tan triste.
¿Quién dijo que el rey Juan, una ó dos horas
Antes que las tinieblas de la noche
Separase á las tropas fatigadas,
Del campo se evadiera?
- MENS. Quien lo dijo
- LUIS. Dijo verdad, señor. Bien. A acamparnos.
Y vigilad atentos esta noche.
Yo me he de levantar antes que el día
Y tentaré mañana á la fortuna.

(Vanse)

ESCENA VI.

Cercanías de la abadía de Swinstead.

Entran por distintos lados el BASTARDO y HUBERTO.

- HUB. ¿Quién va? Responda pronto, ó le disparo.
- BAST. Amigo soy. ¿Quién eres tú?
- HUB. De parte
Del inglés.
- BAST. ¿Dónde vas?
- HUB. ¿Qué se os importa?
- BAST. Cual sobre mis asuntos me preguntas,
¿No puedo preguntar sobre los tuyos?

- Huberto me pareces.
- HUB. Pareceres
Atinados tenéis. A todo trance
Creeré que sois mi amigo conociendo
Tan bien mi voz. ¿Quién sois?
- BAST. Quien se te antoje.
Pero supón, si mi amistad deseas,
Que desciendo, á lo menos por un lado,
De un Plantágenet.
- HUB. ¡Pícara memoria!
Vos y la ciega noche me avergüenzan,
Bravo soldado. Perdonad que frase
Que vuestra lengua pronunciado hubiere
No la reconocieran mis oídos.
- BAST. Bien, bien. «Sans compliment» di lo que pasa.
- HUB. Pues el obscuro rostro de la noche
Afronto solamente para hallaros.
- BAST. Breve sé, pues, y dime tus noticias.
- HUB. ¡Oh, querido señor! Son adecuadas
A la noche; sombrías, espantosas,
Y desconsoladoras y terribles.
- BAST. La llaga misma contemplar deseo
De tus malas noticias. No soy hembra,
Ni me he de desmayar al contemplarla.
- HUB. Al Rey me temo ha envenenado un monje.
Sin habla al Rey dejé, y á veros vine
A daros la noticia dolorosa
A fin de que estuvierais preparado
Mejor que si de pronto os lo dijeran.
- BAST. Di como fué. ¿Quién era su copero?
- HUB. Un monje, como digo; un vil infame,
Cuyas entrañas pronto reventaron.
- BAST. ¿Quién á Su Majestad cuidando queda?

HUB. ¿Acaso no sabéis que ya los nobles
Están de vuelta todos, que han venido
Con el príncipe Enrique, á cuyos ruegos
El Rey los perdonara? Rodeado
De ellos está Su Majestad ahora.

BAST. ¡Contén tu indignación, cielo potente,
Y no me impongas imposibles pruebas!
Oye, Huberto. Pasando las marismas
La mitad de mis tropas esta noche,
Por la creciente sorprendidas fueron,
Y las playas de Lincoln las tragaron.
A mi caballo, si escapé, se debe.
Vamos á ver al Rey. Tú por delante;
Antes que llegue yo temo que muera.

(Vanse.)

ESCENA VII.

La huerta de la abadía de Swinstead.

Entra el príncipe ENRIQUE, SALISBURIA y BIGOT.

ENR. Es harto tarde ya. Su viva sangre
Se ha corrompido, y el cerebro puro,
Que algunos juzgan el hogar del alma,
Fraguando comentarios incoherentes
De su existencia el término barrunta.

Entra PEMBROQUIA.

PEMB. Su Alteza aun tiene voz, y se imagina
Que saliendo á tomar el aire libre

Pudiera mitigarse la ardienta
Del terrible veneno que lo invade.

ENR. Haced qua lo conduzcan á este huerto.

(Vase Bigot.)

¿Desvaría?

PEMB. Se encuentra más tranquilo
Que al marcharos, señor. Cantó hace poco.

ENR. ¡Oh vanidad de las dolencias! Basta
Que persistan agudos sufrimientos
Para dejarse de sentir. Devora
De nuestro cuerpo lo exterior la muerte,
Dejándolo insensible, y se apodera
De la mente después, que hiere y punza
Con legiones sin fin de fantasías,
Que atropelladamente arremetiendo
Al último reducto, se confunden.
Es cosa extraña que la muerte cante.
Cría soy yo del cisne moribundo
Que lúgubre canción muriendo entona.
De la humana flaqueza la laringe
Cantándole á su alma y á su cuerpo
Los acompaña á su eternal morada.

SALISB. Animo recobrad, que habéis nacido
Para dar forma, Príncipe, á este caos
Que os dejan tan grosero y tan informe.

Vuelve á entrar BIGOT con acompañamiento, trayendo al rey
JUAN en su silla.

JUAN. Ahora sí que mi alma tiene espacio:
Ni por ventana ni por puerta alguna
Salir podía. Dentro de mi pecho

Hay verano tan cálido, que en polvo
Se van desmoronando mis entrañas.
Una rúbrica soy que en pergamino
Ha trazado la pluma, y este fuego
Contrayéndome va.

ENR.

¿Cómo os halláis?

JUAN.

Envenenado; mal, muerto, perdido;
Abandonado, y ni uno de vosotros
Le pedirá al invierno que introduzca
Sus dedos congelados en mis fauces;
Ni exigirá á los ríos de mi reino
Que por mi pecho enardecido corran,
Ni al Norte le dirá que al cierzo envíe
Para besar mis labios desecados,
A fin de consolarme con su frío.
No os pido mucho yo. Frialdad tan sólo.
Mas tan ingratos sois, tan cicateros,
Que hasta eso me negáis.

ENR.

¡Que no tuvieran

Mis lágrimas virtud para aliviaros!

JUAN.

Quema la sal que tienen. Un infierno
Tengo dentro de mí, donde metido
Un diablo está que, ahí preso, da tortura
A una sangre maldita sin recurso.

Entra el BASTARDO.

BAST.

Ardiendo estoy tras mi violenta marcha
Y ansioso afán de ver á Vuestra Alteza.

JUAN.

Sobrino, vienes á cerrar mis ojos.
Roto y quemado se halla el aparejo
Ya de mi corazón. Toda la jarcia
Con que mi vida navegar debiera

De un hilo, de un cabello sólo pende.
 Sólo una fibra al corazón amarra,
 Y hasta que tus noticias comuniqués
 Resistirá no más. Será al instante,
 Lo que estás viendo aquí, montón de barro,
 De arruinada realeza vana imagen.

BAST. A esté sitio el Delfín venir intenta,
 Donde saben los cielos de qué modo
 Lo hemos de recibir. En esta noche
 Lo mejor de mis tropas, que en momento
 Oportuno ordené se retirasen,
 Fueron en las marismas á deshora
 Por la fatal creciente devoradas.

(El rey Juan muere.)

SALISB. Estas nuevas de muerte en los oídos
 Exhaláis de un difunto. ¡Soberano!
 ¡Señor! Há poco rey: ya sólo esto.

ENR. Así he de caminar, y así pararme.
 ¿Cuál es la garantía, la esperanza,
 La base de este mundo? Polvo vano
 Es ya lo que era há poco un soberano.

BAST. ¿Os fuisteis ya? Para ejercer tan sólo
 De vuestro vengador atrás me quedo,
 Y os servirá después el alma mía
 En el cielo lo mismo que en la tierra.
 Y vosotras, estrellas que girando
 Estáis en vuestras órbitas prescritas,
 ¿Dónde vuestro poder? — Mostrad ahora
 Corregida lealtad, y prontamente
 Tornaos á mí. Pongamos á las puertas
 Débiles de esta tierra desmayada
 Su vergüenza eternal y su ruina.

- Al instante á atacarlos, ó atacados
Al instante seremos. Furibundo
El Delfin, ya nos pisa los talones.
- SALISB. Se ve que no sabéis lo que sabemos.
El cardenal Pandolfo descansando
Adentro está. Llegó habrá media hora.
De parte del Delfin proposiciones
Tales hace de paz, que bien podemos
Con provecho admitir y noblemente,
Pues piensa abandonar luego la lucha.
- BAST. Más pronto lo ha de hacer cuando nos vea
A la defensa con unión dispuestos.
- SALISB. En verdad es asunto concluído.
Ya envió muchos carros á la costa,
Y su causa y querella entre las manos
Deja del Cardenal, con quien vos mismo
Y yo, con otros nobles, esta tarde
Desde luego podemos, si os parece,
Un término feliz dar al asunto.
- BAST. Así sea. Señor, príncipe excelso,
Vos y los nobles que excusarse puedan
Del entierro cuidad de vuestro padre.
- ENR. En Wórcester su cuerpo sepultura
Debe tener. Su voluntad fué ésa.
- BAST. Será así, pues. Y vos, señor querido,
Con toda dicha recibid la herencia
Directa de este reino y de su gloria;
Y humilde yo, doblando la rodilla,
Mi lealtad os ofrezco y mis servicios
Y verdadera sumisión por siempre.
- SALISB. Y nosotros también os ofrecemos
Cariño que veréis brillar sin tacha.
- ENR. Gracias os diera el alma conmovida;

Mas con lágrimas sólo sabe hacerlo.
BAST. A los sucesos el dolor preciso
Pagaremos no más, pues nuestras penas
Ya por adelantado le pagaron.
Jamás esta Inglaterra se postrara,
Y ni es posible que jamás se postre
Sino ayudando á hacer su propia herida.
Ya que estos nobles á su hogar tornaron,
Los tres rincones de la tierra pueden
Contra nosotros presentarse unidos,
Que á su empuje sabremos oponernos,
Pues que temer nada Inglaterra tiene
Si leal á sí misma se mantiene.
